

Solo juntos: transformando la gestión del riesgo de desastres en el Gran Caribe

La gestión del riesgo de desastres no es un concepto ajeno a la región del Gran Caribe. Cada año, la temporada de huracanes trae consigo mensajes de preparación por radio, televisión e Internet. Muchos países de la región han implementado estrategias de gestión del riesgo de desastres, que abarcan la educación pública, actividades de construcción, planes de preparación y respuesta, o el establecimiento de fondos de contingencia como se vio en Jamaica, como el Fondo de seguro contra riesgos de catástrofe de la región del Caribe (CCRIF por sus siglas en inglés).

También ha habido avances en la respuesta a desastres a escala regional gracias al liderazgo de organizaciones como la Agencia Caribeña para el Manejo de Emergencias por Desastres (CDEMA) y el Centro de Coordinación para la Prevención de Desastres en Centroamérica y República Dominicana (CEPRENAC). Estos avances han sido fundamentales para la preservación de vidas, medios de subsistencia, salud y recursos económicos frente a desastres.

A pesar de este progreso, América Latina y el Caribe sigue siendo una de las regiones del mundo más propensas a los desastres. Entre 1997 y 2017, uno de cada cuatro desastres del mundo ocurrió en América Latina y el Caribe [1]. Entre 2000 y 2019, aproximadamente 152 millones de personas se vieron afectadas por 1205 desastres en la región [2]. La pandemia de COVID-19 ha provocado más de 1,4 millones de muertes en la región [3] y sigue afectando todas las facetas de la sociedad, todo ello en medio de una creciente crisis climática que se espera contribuya con 1.400 millones de dólares estadounidenses de las pérdidas anuales previstas por los daños ocasionados por huracanes en la región para el año 2050 [4].

Los números son abrumadores y alarmantes. Pero, ¿cómo se relacionan con la gestión del riesgo de desastres en la región? Un breve viaje a la historia de la gestión del riesgo de desastres puede arrojar algo de luz sobre el tema.

A principios del siglo 20, los desastres derivados de los impactos de los huracanes, terremotos y otros fenómenos naturales se asociaban con la desgracia. La naturaleza era vista como una fuerza implacable y furiosa, que no podía controlarse. Como tal, la pérdida de vidas y medios de subsistencia se consideraba inevitable. Sin embargo, los avances en la ciencia y la tecnología en la segunda mitad del siglo 20 marcaron el comienzo de una nueva era de la protección civil y en la década de 1990 inició la transformación hacia la gestión del riesgo de desastres.

Si bien la visión fatalista de los desastres ya no domina el Gran Caribe, en gran medida todavía se los percibe como eventos "naturales". Se gestionan como sucesos externos que perturban la vida cotidiana y se hace hincapié en la respuesta a desastres, lo que da como resultado un patrón cíclico de desastre > respuesta > recuperación > repetición. El tratamiento de los desastres como eventos exógenos también ha resultado en la

segmentación de la gestión del riesgo de desastres. En muchos países de la región, las responsabilidades de la gestión del riesgo de desastres recaen en entidades nacionales especializadas y los peligros naturales se gestionan sin coordinación.

Sin embargo, la experiencia nos ha enseñado que los desastres no son naturales y no pueden segmentarse. La pandemia de COVID-19 es un ejemplo doloroso de esto. Las infecciones virales ocasionadas por la COVID-19 evolucionaron en desastre debido a la presencia de poblaciones humanas expuestas. Si el mundo hubiera estado mejor preparado para contener el virus, COVID-19 no se habría convertido en un desastre de esta escala. Además, la pandemia ha perturbado los sistemas globales y requiere la cooperación internacional, regional, nacional, local e incluso doméstica para poder ser gestionada de forma eficaz. La comprensión de lo que hace a ciertas personas más vulnerables a la infección y la muerte, así como las medidas para contrarrestar su impacto en todos los sectores, son de vital importancia para salvaguardar vidas.

De manera similar, los terremotos y otros peligros naturales resultan en desastres cuando impactan a poblaciones humanas vulnerables y expuestas. Los desastres pueden tener grandes impactos en las sociedades y la recuperación puede durar meses, años o décadas, como se ve en el caso de Haití y muchos otros países de la región. La gestión eficaz del riesgo de desastres en la región requiere una comprensión más profunda de los factores subyacentes del riesgo. Algunos de estos impulsores incluyen, entre otros, la planificación urbana o la falta de ella, sistemas económicos frágiles, desigualdad social, pobreza, corrupción, degradación ambiental, deficiente aplicación de la ley y falta de colaboración transversal.

La pandemia COVID-19 es uno de los mayores desafíos del siglo 21, pero también es una de las mayores oportunidades. Nos ha obligado a mirar microscópicamente la susceptibilidad de nuestros sistemas de salud, seguridad nacional y económica, ha dilucidado la importancia de la gestión anticipada de riesgos. Nos ha obligado a cooperar a escala internacional, nacional, regional, local, doméstica y en todos los sectores de la sociedad. Esto ha resaltado la importancia de un enfoque integral para la gestión del riesgo de desastres.

Un enfoque integral de la gestión del riesgo de desastres considera la naturaleza sistemática del riesgo de desastres y busca abordarlo desde su raíz. Destaca la naturaleza interrelacionada de los peligros y sus impactos en cascada y facilita la integración de estrategias de gestión de riesgos. Por ejemplo, la gestión del riesgo de desastres asociado con los huracanes también debe incluir la gestión de inundaciones, deslizamientos de tierra y enfermedades. Además, las estrategias de reducción del riesgo de desastres y adaptación al cambio climático deben integrarse para maximizar los recursos escasos y mejorar las capacidades técnicas para gestionar los desastres configurados por el clima.

Esta transformación en la gestión del riesgo de desastres no se puede lograr sin cooperación. La pandemia de COVID-19 nos ha demostrado que nadie está a salvo hasta que todos estemos a salvo. Se requiere una mayor colaboración entre las organizaciones intergubernamentales, los gobiernos regionales, la comunidad científica, las empresas y

las comunidades para comprender los patrones de riesgo complejos y tomar decisiones informadas sobre el riesgo.

La Asociación de Estados del Caribe (AEC) está comprometida con la transformación del panorama de la gestión del riesgo de desastres en la región a través de la cooperación multilateral y la acción estratégica. Durante el próximo trienio, la AEC trabajará para mejorar la evaluación del riesgo de desastres, aumentar las capacidades de adaptación y mejorar la prestación de servicios de alerta temprana multirriesgos en la región. Esperamos fortalecer e incrementar las alianzas multilaterales, mientras trabajamos para construir una región más fuerte, más resiliente.

Combinemos la retórica con acciones significativas en la región del Gran Caribe. Esto solo lo podemos lograr juntos.

[\[1\] Informe de Evaluación Regional sobre Riesgo de Desastres en América Latina y el Caribe | Publicaciones \(undrr.org\)](#)

[\[2\] Desastres naturales en América Latina y el Caribe | Publicaciones \(unocha.org\)](#)

[\[3\] OPS y CEPAL debaten sobre el impacto sanitario, social y económico del COVID-19 | Noticias \(paho.org\)](#)

[\[4\] Informe de evaluación mundial sobre la reducción del riesgo de desastres, 2015 | Publicaciones \(undrr.org\)](#)

Christal Benjamin es asistente de investigación y Shauna Edghill es pasante del CCRIF en la Dirección de Reducción del Riesgo de Desastres, Medio Ambiente y Mar Caribe de la Asociación de Estados del Caribe. Este artículo está escrito en conmemoración del Día Internacional para la Reducción del Riesgo de Desastres, 13 de octubre de 2021. Cualquier comentario o retroalimentación debe enviarse a feedback@acs-aec.org